

Museo de Historia Natural Río Seco

Yuri Carvajal Bañados¹

Nuestros museos nacieron del extraño encuentro entre historia natural y ciencia de gabinete. Nadie se sorprende hoy, pero en ese momento inicial el *rendez-vous* era tan bello (y extraño) como esa máquina de coser y paraguas del Montevideano conde Lautréamont.

En un frigorífico en desuso como tal, en la vieja calle Juan Williams de la costanera punta arenense, vive el Museo de Río Seco. Una exploración del presente que abre sendas de esta actualidad tan poco explorada.

La historia natural, lo hemos aprendido a golpes del antropoceno, debe incluir las acciones humanas y los trastornos ecosistémicos causados por los vaivenes de la política y la economía. Partiendo por lo minúsculo: ¿cómo hacer hoy historia natural de las bacterias sin considerar la resistencia antibiótica amplificada por la industria farmacéutica, la medicina y la crianza de animales para la carne?

En mis tiempos se preguntaba a los compañeros de historia ¿Qué fronteras debo respetar? Hoy la cuestión se parece, pero ya no es el heroísmo de unos pocos, sino una transición energética para miles de millones, que antes de lograr su propósito ya se torna objeto de museo.

El mismo frigorífico en que se establece esta exposición, se ha hecho historia natural, junto al alambre púa, el genocidio de los nómades originarios, la implantación del ecosistema ganadero, la navegación a vapor, el carbón fósil. ¿Que museística es posible cuando los galpones abandonados son reverenciados como salones distinguidos de un tiempo distante y nuestra vida privada está llena de fósiles?

Y, sin embargo, aquí se expone, se nos expone al mundo lleno de aperturas y trayectorias. Se nos expone a una educación distinta en que la vida y la belleza sean las conductoras del enlazarse de verdaderos aprendizajes.

En esta muestra los seres vivos cuelgan en el envigado del antiguo frigorífico, sostenidos por sus huesos blancos desnudos, ligados por sus propios ligamentos, en algunos, su plumaje alar o hasta un hemiplumaje. Pero con un poco de ojo, se puede encontrar la osamenta del gabinete que tanta fuerza dio a la empresa imperial, la impronta de Cuvier, los gestos de Sainte-Hilaire. Una yaca diminuta y enroscada, que condensa la ternura del trato con sus restos. O un colibrí casi colgado del pico a su flor y que, por boca de su curador, nos pregunta en dónde pasa el invierno austral, si acaso no encuentra el polen diario para su vuelo, ¿será que hiberna como un inmenso oso?

Los animales que cuelgan o si se quiere, los restos procesados y exhibidos, son parte de un movimiento de instauración, de completitud que nos compete como espectadores. Pero no es un movimiento arbitrario, sino destinado a buscar su existencia de acuerdo a su plena alma.

El museo cumple el movimiento que Sourieau denomina instauración y que él considera parte de una obra de arte. Pero aquí ocurre en medio de la historia natural. No conozco un pensamiento que realice el



¹ Presidente Departamento Nacional de Medio Ambiente COLMED Chile. Correspondencia a: ycarvajal61@gmail.com



seguimiento del arte, la instauración y la estética, en el mundo de los objetos naturales o propios de la historia natural.

Lo que sea este pensamiento, encontrará en Río Seco, una guía para sus razonamientos y conclusiones. Necesario, en tanto que cualquier movimiento centrado en la existencia ecológica de los vivientes, implica una valoración estética, una conjunción de ética (valores) y de aceptación estética.

En este museo, la recolección no proviene de una caza por encargo ni por la sistemática búsqueda del ejemplar faltante, sino lo que arroja la ola, el devenir de las trazas. Cuando el objeto manda más que el sujeto, estamos hablando de ciencia.

Pero también el museo es identificable a simple vista como un museo de historia natural que a la vez es un museo distinto. Un museo de autores.

Los primeros en poner su marca autoral, los animales que han trazado sus huesos y sus esqueletos, en su existencia.

Una museística que se atreve a decir su nombre. Que ni vuelve la espalda al saber taxonómico, al nombre en itálica con mayúscula para el género y minúscula para la especie, a la descripción evolutiva, la anatomía comparada, la historia natural de los ecosistemas y seres que considera, pero que también explora la estética y por supuesto, la ética. Que no teme a la ciencia ni a sus instrumentos ni al ensamble de los muertos.

Un museo sin guión explícito. Pero con los espacios abiertos para que sus visitantes escriban y re-escriban en lo abierto de las húmedas vidas, algunas de las señas posibles de este Río Seco Museo.

